

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

XV.- LA HEMORROÍSA: TU FE TE HA CURADO.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS.

Seguimos orando y meditando sobre diferentes encuentros con el Señor, porque el Señor siempre sale al encuentro, se hace el encontradizo porque nos ama. Y hacemos estos retiros porque nosotros queremos encontrarle y encontrarnos personalmente con Él.

Para poder encontrarme con el Señor necesito darme cuenta de que la fe cristiana es un encuentro vivo, personal y real con Jesucristo. Nos lo dijo en “*Deus caritas est*” el Papa Benedicto XVI. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (n. 1).

También nos lo dice el Papa Francisco en “*Evangelii gaudium*” 3: “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él.”

Como hemos visto en los diferentes retiros, a veces, el encuentro con el Señor reviste un carácter de “lucha”, como le ocurrió a **Jacob**. Otras veces, es en ese encuentro con el Señor cuando descubrimos nuestra vocación personal, como en el caso de **Gedeón**. En otras ocasiones, el Señor nos provoca para hacer salir de nosotros una respuesta de verdadera fe, como la **mujer cananea**. Y otras veces, el encuentro con el Señor se produce en el contexto de una tranquila conversación en la noche, como vimos que le ocurrió a **Nicodemo**.

También el encuentro con Jesús es posible para quienes parecen estar excluidos y apartados de la sociedad, como le ocurrió al **endemoniado de Gerasa**; o atraviesan situaciones de profundo dolor y sufrimiento, como la **viuda de Naín**; o para quienes, por diferentes circunstancias personales o sociales, nos parece que están más alejados de Él, como la **mujer pecadora**. Incluso el encuentro es posible también para quien “oficialmente” es un enemigo, como el **centurión romano**, pero que en realidad es un auténtico testigo de fe.

El encuentro con el Señor es posible aun estando **en medio de una tempestad**, en medio de los contratiempos, incluso de los más graves problemas y situaciones que puedan aquejarnos en lo personal o en lo social.

También hemos visto que hay algo necesario para encontrarnos con el Señor: y es desear conocerle, como los **griegos** que se dirigieron al Apóstol Felipe porque querían ver a Jesús. Y también hay que tener en cuenta que el encuentro con el Señor a lo mejor no responde a nuestras expectativas; más aún, nos puede incluso escandalizar, como en los **discípulos de Juan Bautista**.

También para encontrarnos con el Señor a veces deberemos asumir una actitud creativa, como los **amigos que llevaban al paralítico**; o sin miedo al qué dirán, como **Zaqueo**. También el encuentro se puede producir aunque no lo veamos, como **Bartimeo**. Y hoy descubriremos cómo hasta las situaciones más graves de sufrimiento físico y moral no impiden el encuentro con el Señor, si nos dirigimos a Él con fe, como la **hemorroísa**.

Para la reflexión:

- ¿Qué encuentros con el Señor he tenido en mi vida? ¿Se asemejan a alguno de los que hemos contemplado en estos retiros?
- ¿Padezco, o la padece alguien de mi entorno, alguna enfermedad grave, crónica, incurable...? ¿Qué sentimientos hace brotar? ¿Esta situación me acerca al Señor, o me siento apartado de Él?

JUZGAR – Mc 5, 25-34

Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Muchos médicos la habían sometido a toda clase de tratamientos, y se había gastado en eso toda su fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor. Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando que con sólo tocarle el vestido curaría.

Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias, y notó que su cuerpo estaba curado. Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió en seguida, en medio de la gente, preguntando:
—«¿Quién me ha tocado el manto?»

Los discípulos le contestaron:

—«Ves cómo te apretuja la gente y preguntas: "¿Quién me ha tocado?"»

Él seguía mirando alrededor, para ver quién había sido. La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que había pasado, se le echó a los pies y le confesó todo. Él le dijo:

—«Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud.»

IMPUROS

La mentalidad judía dividía el mundo en dos ámbitos: el sagrado y el profano. Lo sagrado era el espacio de Dios, lo puro, lo santo; mientras que lo profano estaba alejado de lo divino, era lo impuro, lo pecador.

Con el paso del tiempo, se establecieron rigurosas prescripciones para proteger lo puro de la contaminación, unas “reglas de pureza” que afectaban a todos los ámbitos de la vida. El contagio de la impureza se transmitía por contacto, de modo que en la sociedad en la que vivieron Jesús y los primeros cristianos existían personas “impuras”, gente que no podía tocar ni dejarse tocar, por lo que estaba relegada y marginada.

“Hemorroísa” es el raro calificativo que se da en los Evangelios a una mujer anónima que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Clínicamente, esta mujer padecía “metrorragia crónica”, una pérdida de sangre independientemente del flujo menstrual. Esta mujer anónima es la protagonista de este encuentro con Jesús que hoy vamos a meditar.

Marcos cuenta la enfermedad de esta mujer con todo lujo de detalles, expresando de manera clara lo que siente ella en su interior. Se siente herida en lo más hondo porque no puede mantener ningún tipo de relación, ya que se lo impide la ley. Nadie puede tocarla ni tocar sus cosas. Por eso se encuentra cada vez más sola, cada vez más vacía, cada vez más pobre. La sociedad a la que pertenece la ha condenado a perpetuidad.

El evangelista inserta en la narración un detalle muy importante que amplía el significado del episodio: el número “doce”, cifra que alude al pueblo de Israel, formado desde el principio por doce tribus (Gen 49, 1-28). La especificación de que la mujer está afectada por la enfermedad desde **hacía doce años** es un detalle con el que el evangelista indica que este personaje representa a Israel; el significado de este encuentro no se limita a la protagonista del episodio, sino que se extiende a todo el pueblo judío.

En la cultura hebrea, la sangre es la misma vida de la persona, por lo que la pérdida de la sangre significa la pérdida de la vida; el constante flujo de sangre la lleva a la muerte. Así pues, esta mujer, y en ella todo el pueblo de Israel, está muriendo lentamente.

Muchos médicos la habían sometido a toda clase de tratamientos, y se había gastado en eso toda su fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor. La mujer está ahora en situación desesperada. Además de “estar perdiendo la vida”, por esta enfermedad es considerada impura y equiparada a una leprosa: no puede acercarse a nadie ni nadie puede acercársele; si está desposada, no puede tener relaciones con su marido, y si es soltera, no puede casarse.

Por su situación la religión la condena a la esterilidad. La mujer no tiene ninguna esperanza ni otra salida que no sea esperar la muerte. El único que podría salvarla es Dios, pero ella, “impura”, no puede ni siquiera pensar en acercarse a Dios.

Sin embargo, la mujer “impura” ha oído hablar de Jesús, y lo que ha oído suscita en ella una nueva esperanza, dándole fuerza para llevar a cabo su gesto. Ella sufre mucho física y moralmente; sin embargo, se resiste a vivir para siempre como una mujer enferma, “impura”, y sabrá buscar el modo de acercarse a Jesús y encontrarse con Él.

Para la reflexión:

- ¿Me siento o he sentido alguna vez “impuro”? ¿Considero a alguien así? ¿A qué se debe?
- Muchos médicos la habían sometido a toda clase de tratamientos, y se había gastado en eso toda su fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor. ¿He tenido esta experiencia, en mí o en alguien cercano? ¿Cómo me afectó?
- El significado de este encuentro no se limita a esta mujer, sino que se extiende a todo el pueblo judío. Ella sufre mucho física y moralmente; sin embargo, se resiste a vivir para siempre como una mujer “impura”, y sabrá buscar el modo de acercarse a Jesús y encontrarse con Él. ¿Soy consciente de que tanto mis “impurezas” como mis actos de fe afectan al conjunto de la Iglesia y de la sociedad, positiva o negativamente?

¿QUIÉN ME HA TOCADO?

La mujer no se contenta sólo con ver a Jesús de lejos. Busca un contacto más directo y personal. Jesús tiene ya fama de anunciar con palabras y gestos concretos que el amor de Dios se dirige a todos y no reconoce las discriminaciones morales y religiosas que dividen a las personas en categorías de puras e impuras. Sobre todo, Jesús no acepta ningún impedimento entre el amor de Dios y éstos.

La mujer aprovecha la oportunidad de encontrarse con Jesús, aunque ella cree que ese encuentro va a ser sólo por su parte, ya que Jesús no se va a enterar. Ella piensa que **con sólo tocarle el vestido curaría**. Actúa con determinación, pero no de manera alocada. No quiere hacer notar su presencia. Sabe que su gesto constituye una violación de las leyes, pero es más fuerte su esperanza.

Ninguna mujer en estado de impureza se hubiera atrevido nunca, por propia iniciativa, a tocar en público a un hombre desconocido. Por eso se esconde entre la multitud que sigue a Jesús y cuando se encuentra de espaldas a éste, esperando que nadie se dé cuenta, le toca el manto e **inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias, y notó que su cuerpo estaba curado**.

Pero la alegría le dura poco; de repente se ve envuelta en un mal trance. Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió en seguida, en medio de la gente, preguntando: «**¿Quién me ha tocado el manto?**» A la mujer no le queda ahora otra cosa que ser descubierta y esperar una terrible reprimenda por haber tocado a Jesús, siendo ella impura.

La pregunta de Jesús parece ilógica, como le indican sus discípulos: **Ves cómo te apretuja la gente y preguntas: "¿Quién me ha tocado?"** Sin embargo, Jesús lo pregunta para provocar un encuentro personal de la mujer con Él, porque no quiere que sus discípulos de entonces y de ahora piensen que llevaba razón la mujer y que sólo bastaba con tocarle el manto; Jesús quiere que su fe pase de “mágica” a “cristiana”, que pase de fe en “algo” a fe en “Alguien”: en Él.

De modo que Jesús pregunta **¿Quién me ha tocado?** no sólo para hacer saber a todos que no se siente impuro por el hecho de ser tocado por aquella mujer, sino para transformar a la “culpable”, a la considerada “impura”, en un modelo de fe.

Así que la mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que había pasado, se le echó a los pies y le confesó todo. Sin embargo, a esta mujer, que legalmente estaba excluida del amor de Dios por su enfermedad, en lugar de un castigo le llega un elogio alentador: **Hija, tu fe te ha curado**.

Aquello que, a ojos de la religión, es un sacrilegio, para Jesús es una expresión de fe. En lugar de ser castigada por su atrevimiento, Jesús le dice: **Vete en paz y con salud**. El abismo que una religión mal entendida había puesto entre la santidad de Dios y la “impureza” humana es anulado por Jesús, que se vuelve a la mujer llamándola **Hija**, expresión cargada de afecto y cercanía.

Para la reflexión:

- La mujer no se contenta sólo con ver a Jesús de lejos. Busca un contacto más directo y personal. ¿Es así en mi caso? ¿Qué hago para tener un contacto más directo y personal con Jesús?
- La mujer no quiere hacer notar su presencia. Por eso se esconde entre la multitud que sigue a Jesús. ¿Actúo yo así? ¿Vivo mi fe de un modo público, o “me escondo” para no destacar?
- Jesús no quiere que sus discípulos piensen que llevaba razón la mujer y que sólo bastaba con tocarle el manto; Jesús quiere que su fe pase de “mágica” a “cristiana”, que pase de fe en “algo” a fe en “Alguien”: en Él. ¿Descubro elementos “mágicos” en mi fe? ¿Creo de verdad en Jesús, aunque no “toque”?
- Jesús se vuelve a la mujer llamándola Hija, expresión cargada de afecto y cercanía. ¿Experimento ese afecto y cercanía por parte de Jesús hacia mí?

ACTUAR: TU FE TE HA CURADO.

Este encuentro con Jesús presenta, una vez más, a una mujer desconocida como modelo de fe para las comunidades cristianas. Al contemplar la escena, es muy común preguntarnos: ¿Cómo puede tener tanta fe una persona que lleva doce años enferma, después de tantos médicos, de tantos gastos inútiles, de tantas decepciones esperando una mejoría que nunca llega? ¿Cómo ha logrado mantener su fe, cómo sigue creyendo que puede ser sanada, cuando tantos profesionales la han defraudado, cuando lleva doce años apartada de la vida social porque es considerada “impura”?

Jesús quiere que todos conozcan la gran fe de esta mujer. Cuando ella, asustada y temblorosa, confiesa lo que ha hecho, Jesús le dice: **Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud.** No la han curado ni Jesús ni el manto, sino su fe.

El gesto de la hemorroísa es un modelo de disposición para acercarse a Cristo y encontrarse con Él, y esa disposición requiere audacia y valentía. Ella se conforma con un milagro pequeño, realizado como “de paso”, sin que ni siquiera se entere Jesús. Por su fe decidida y valiente, tiene la audacia de acercarse a Jesús aunque sea furtivamente. Pero Jesús la reconoce entre todos porque sabe que, mientras los demás se limitaban a rodearle y apretujarle, ella de verdad quería encontrarse con Él desde la fe.

En esta mujer encontramos también un ejemplo de conexión entre fe y vida. De ella podemos aprender cómo buscar a Jesús para iniciar una vida nueva. Jesús “contagia” su pureza, entrega vida y salud a la mujer y, por ella, a los “impuros” de su tiempo: **tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud**, es decir, ahora que la fe ha quitado el obstáculo, puedes comenzar a vivir de verdad, sin miedo. Jesús hoy sigue ofreciendo dignidad y vida verdadera a quienes, con fe, se encuentran con Él, como la hemorroísa.

La fe y la confianza en Dios son los pilares de este pasaje. Por esa fe, la hemorroísa supera los obstáculos levantados por las costumbres sociales y las prescripciones religiosas de su época. Jesús no pasa de largo, no deja escapar la oportunidad de que nos sintamos amados y dignos de ese amor, y nos invita a que no dejemos escapar las oportunidades para encontrarnos con Él, ni que dejemos pasar que otros, que son considerados o se consideran a sí mismos como “impuros”, se sientan tratados como personas, atendidos, escuchados, y a partir de este encuentro puedan tener una vida digna, como esta mujer del Evangelio.

Para la reflexión:

- Ante personas que viven desde la fe situaciones muy difíciles, ¿me pregunto cómo pueden tener tanta fe, cómo pueden mantenerla? Pienso en casos concretos.
- La mujer es un modelo de fe audaz y valiente: ¿Es así mi fe? ¿Por qué?
- En esta mujer encontramos un ejemplo de conexión entre fe y vida. De ella podemos aprender cómo buscar a Jesús para iniciar una vida nueva. Pienso en hechos en los que la fe en Cristo ha tenido repercusiones concretas en mi vida.
- Reflexiono este párrafo: Jesús nos invita a que no dejemos escapar las oportunidades para encontrarnos con Él, ni que dejemos pasar que otros, que son considerados o se consideran a sí mismos como “impuros”, se sientan tratados como personas, y puedan tener una vida digna, como esta mujer del Evangelio.

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

XV.- LA HEMORROÍSA: TU FE TE HA CURADO.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS:

- ¿Qué encuentros con el Señor he tenido en mi vida? ¿Se asemejan a alguno de los que hemos contemplado en estos retiros?
- ¿Padezco, o la padece alguien de mi entorno, alguna enfermedad grave, crónica, incurable...? ¿Qué sentimientos hace brotar? ¿Esta situación me acerca al Señor, o me siento apartado de Él?

JUZGAR – MC 5, 25-34

Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Muchos médicos la habían sometido a toda clase de tratamientos, y se había gastado en eso toda su fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor.

Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando que con sólo tocarle el vestido curaría. Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias, y notó que su cuerpo estaba curado. Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió en seguida, en medio de la gente, preguntando:

—«¿Quién me ha tocado el manto?»

Los discípulos le contestaron:

—«Ves cómo te apretuja la gente y preguntas: "¿Quién me ha tocado?"»

Él seguía mirando alrededor, para ver quién había sido. La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que había pasado, se le echó a los pies y le confesó todo. Él le dijo:

—«Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud.»

IMPUROS:

- ¿Me siento o he sentido alguna vez “impuro”? ¿Considero a alguien así? ¿A qué se debe?
- Muchos médicos la habían sometido a toda clase de tratamientos, y se había gastado en eso toda su fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor. ¿He tenido esta experiencia, en mí o en alguien cercano? ¿Cómo me afectó?
- El significado de este encuentro no se limita esta mujer, sino que se extiende a todo el pueblo judío. Ella sufre mucho física y moralmente; sin embargo, se resiste a vivir para siempre como una mujer “impura”, y sabrá buscar el modo de acercarse a Jesús y encontrarse con Él. ¿Soy consciente de que tanto mis “impurezas” como mis actos de fe afectan al conjunto de la Iglesia y de la sociedad, positiva o negativamente?

¿QUIÉN ME HA TOCADO?

- La mujer no se contenta sólo con ver a Jesús de lejos. Busca un contacto más directo y personal. ¿Es así en mi caso? ¿Qué hago para tener un contacto más directo y personal con Jesús?
- La mujer no quiere hacer notar su presencia Por eso se esconde entre la multitud que sigue a Jesús. ¿Actúo yo así? ¿Vivo mi fe de un modo público, o “me escondo” para no destacar?
- Jesús no quiere que sus discípulos piensen que llevaba razón la mujer y que sólo bastaba con tocarle el manto; Jesús quiere que su fe pase de “mágica” a “cristiana”, que pase de fe en “algo” a fe en “Alguien”: en Él. ¿Descubro elementos “mágicos” en mi fe? ¿Creo de verdad en Jesús, aunque no “toque”?
- Jesús se vuelve a la mujer llamándola Hija, expresión cargada de afecto y cercanía. ¿Experimento ese afecto y cercanía por parte de Jesús hacia mí?

ACTUAR: TU FE TE HA CURADO.

- Ante personas que viven desde la fe situaciones muy difíciles, ¿me pregunto cómo pueden tener tanta fe, cómo pueden mantenerla? Pienso en casos concretos.
- La mujer es un modelo de fe audaz y valiente: ¿Es así mi fe? ¿Por qué?
- En esta mujer encontramos un ejemplo de conexión entre fe y vida. De ella podemos aprender cómo buscar a Jesús para iniciar una vida nueva. Pienso en hechos en los que la fe en Cristo ha tenido repercusiones concretas en mi vida.
- Reflexiono este párrafo: Jesús nos invita a que no dejemos escapar las oportunidades para encontrarnos con Él, ni que dejemos pasar que otros, que son considerados o se consideran a sí mismos como “impuros”, se sientan tratados como personas, y puedan tener una vida digna, como esta mujer del Evangelio.

